

llanovia del país navarro, cerca de la ciudad de Pamplona, diciendo *soto-voce*:

—No sé por qué *Isaura*, mi sobrina, *mendoza* á mí estos encarguitos, *Orozco* bien las mañas de su *esteso*, que *bustamante* (si es que no la tiene ya) y por lo *toscano* que es, le temo más que á un *león*.

Después de varias *carreras* por los *campos castellanos*, atravesó muchas *viñas*; se sentó en un *cerro*, á la *vera* de un *pino* y cerca de unos *rosales* y de un *manzano silvestre*; y oliendo á *romero* y oyendo el canto de la *codorniu* y el *gorjé* de los pájaros, *calvó* su *miranda* como un *ahijón* en una *zorrilla* que iba persiguiendo á un *gallo* y después en un *pastor lorente* que *lombía* de su *cobeña*, sita en mitad de un *valle*.

Miró hacia el *nart*, y vió á lo lejos las *torres* de las *iglesias* de *Santa Cruz* y *Santa Ana*. Levantóse de su *asensio*, cantando:—“¡*Alonso* enfant de la patrie!”—Y diciendo:—Aquí hay que *nadal* y guardar la *roca*, para que *medel poca guerra*; pero como yo le *aguirre* á ese *cárcamo* de hombre, le hago la *fornoza*, como la *oltra vez*, que se *querol* más *suárez* que un *guante*.

Antes de llegar á las *heras*, se le acercó en

forma *cortés* á pedirle un *perrin* chico, una *mora* de aspecto *ruis*, toda *molgosa* y *lecha* un *girón*, que *mendiguchía* por los pueblos y hacía otras cosas que *moncayo* porque dan *asquerino*.

A la *vedia* hora, después de hacer su *estrada* en la *villa Gómez* por el *portillo* de *Sanjuán*, se detuvo en uno de sus *mijares palacios*, junto á un amplio *soler* del *ensánchez*. Subió toda la *escalona altarrriba*, y penetró en una *sala* donde había un *arcón*; junto al *arcón* una *mesa*, y sobre ella un *rivero* de *fuentes* de *Talavera*; en la *alcoba* un *camacho* lleno de *vilches* y ante él una *alfombra*; un *armario* de *luna* bien *conser-badillo*; un *retrato* de *Salvador Sánchez imaz* cosas que no recuerdo.

Andrés Martínez y *Jiménez* estaba comiendo en el *alcácer*.

—¡*So...tillo!* ¡*So...bremón!*—le dijo *Domingo*.—¿Por qué te quisiste *casals* con mi sobrina?...Eres *manrique* que ella; pero te *lamas* andana, y te soy *franco*, yo...

—¡*Calle* usted, por *Sampedro!*... Cuando hayamos *salgado* la cuenta, ya *alverá* usted cómo ella viene á mí. Me *larxé* de memoria. ¡*Menuda palanca* es el *metálico!*

—Es que tú siempre fuiste un *atalá* muy *guerrero* y no es *juste* que te *portes* mal con la que debía ser tu inseparable *hompenera*. Como sigas haciendo el *brú*, vas á ver lo que es *bueso*. Te lo he dicho *gil berges*: el hombre debe *xifrá* todo su empeño en proceder de *bonafé*. *Mihura* lo que haces y los disgustos que *pursell* así nos *traín* tus cosas. *Medina* bien tus *arcos* y *velasco* mo *barrena* ciendo en todos la paz. Que *naya* que decir de ti, de que has *medrano acosta* del *reforzo* que yo he dado á tu capital. ¿Qué sacas de *ester* con *Ibarra* y *coaligarte* con otros malos amigos que, después de *indarte* amargos ratos, imitan al capitán *Arana*, embarcan al *agente* y se quedan en *bajatierra*? De interés *vidal* es para ti esta cuestión, *espinosa* por todos los *lagos* que *ramírez*, aunque te parezca una *mayendía*. Ya ves que yo soy en esto un *gamer* espectador; pero es preciso que tengamos la *infiesta* en *vaz*, y te á *venegas* á razones y te *vargas* á *Lamadrid*, junto á tu mujer y tu *norro*, sin *cnovales* la *peña* que en el *alba* tienen y sin que *morais* separados. Si no *chaves* tu obligación, te es necesario *scavedra*.

—Bueno; á todo esto ¿justeu gusta?...

—¿Qué comes?

—Venga usted: un *muñoz* de pollo, judías con *morcillo*, almejas con *sanford* á la *mariner*, *belza* y *ripoll* rehogados, que *tejada* de *abadalejo*, chorizos de *Carrasco*, dos rajás de *gandía*, carne de *membrives* y dulce de *cirera*, con una botella de *jerez*, otra de *mosteyrín*, otra de cerveza del *Aguila* y una *larra* de *morano* que me ha mandado de *valdivia* el *tabernero* de más *la-riva*. La comida es un poco *duval*, pero es lo que yo *vigo*: “A falta de *plá* buenas son *ortas*.” Ya *beltrán* *díaz* mejores y podré *comerma*...

—¿Y qué tal andas de ánimos?...

—*Carsí, carsí*.

—Pues hay que *labal* ese *manchón*. Yo así lo *espejo* de ti.

—Pero yo no *salcedo* á ello. ¿Quiere usted que diga “*mea culpa, romea culpa*?”... Pues no *rodrigo*... *tegea*!... Y *barta* de conversación ó se arma aquí una *santoncha*.

El tío, que era poco *climent* y poco *amorós* y no *garcía* más que *rufart*, después de *echai-de* un sermón empleando cierta *balmaña*, *leiva* á dar al sobrino un *llopis* en la *quijada* y dos *borrás* en la *mejía*; pero el *chico*, todo *espantaleón*, pues no era *valentín*, y procu-

rando *salvat* su cuerpecito *soriano*, se echó *matrás*, salió por el *tubau* de la chimenea, y se dió á la *puga* por el *tojedo* de *lacasa*.

—¡*Porredón!*!—se oyó de pronto.

—¡*Arrieta*, constipado!— gritaron unos.

—¡*Tatay!* ¿*Quién se esparza?*—exclamaron otros.

Era el pobre Martínez, que había caído *redondo* sobre el *povedano* de *lacalle*, aplastando á un *abad* muy *ponzano* que *correa* con su *beneti* á la *abadía* de los *Angeles*, á una *lí* que *ibarrola* en su *carrión* caminito del *prado* de *Castilla*, á un *pordiosero* que *mendizábal* por las calles y á un joven *montende* que, después de tomar *lechevarría* el piso de uno de los *bezares* próximos, en donde estaba *sirvent* como un *ortega* de los más listos.

Y es que cuando nos sentimos *valerosos* no hay quien *nestosa*, lo mismo aquí, en la *Caba* baja, que *Allén Perkins*; y el que *más* y el que *méndez* tiene el *calderón* más *muro* que un *urquijo*, y *armengod* movimiento de su adversario, lo *mata*.

Recuerdos astronómicos.

El eclipse de 1900 visto por abajo.

Estábamos en Alcázar de San Juan, á la entrada de una huerta.

Eran las tres horas cincuenta minutos y catorce segundos y medio.

Todo el mundo, sintiendo bullir en las venas sangre astronómica, miraba hacia arriba.

Yo, no. ¡Yo desprecié los *contactos!* ¡Yo renuncié á la *corona!* ¡Yo miré hacia abajo! Deseoso de prestar un buen servicio á la información, observé el efecto producido por el eclipse en las plantas y en los animales de baja estofa.

Porque podían ocurrir fenómenos así en la tierra como en el cielo.

A las tres horas cincuenta y dos minutos y poco más de un segundo, el suelo presentó un tinte verde rojizo, por más que á una señora que lindaba conmigo le pareciera que

pasaba de castaño oscuro, en tanto que su esposo afirmaba que era lila.

En algunos puntos observé que se cuarteaba el piso y surgía de sus grietas una espuma negruzca como si debajo estuvieran guisando calamares.

Las lechugas de la huerta fueron afligiéndose poco á poco.

A las tres horas cincuenta y dos minutos y once segundos lloraban todas.

Estaba el eclipse tendiendo sus sombras en el suelo.

Lo propio hacía la hortelana con dos sábanas y un refajo de su propiedad.

Hallábase, por cierto, descalza de pie y pierna, y la observé durante un minuto y nueve segundos.

Sus pantorrillas comenzaron á adquirir tintes violáceos y acabaron por criar musgo.

En el instante supremo se rascó la pobre mujer, que no acertaba á explicarse aquel fenómeno.

Verdad es que era sorda como una tapia.

Al mismo tiempo, siete ratones que había cerca de mí comenzaron á dar vueltas y á reirse á carcajadas.

¡Se habían vuelto locos!

Yo sabía que la planta llamada sensitiva, puesta debajo de una campana, experimentaba ciertos efectos durante el eclipse.

Casualmente pasaba un tío vendiendo campanas y otro vendiendo sensitivas, y les compré un ejemplar de cada cosa.

Las coloqué á mis pies, y ¡flojo fué el susto que me dieron en el instante de la totalidad! La sensitiva dió un berrido y la campana comenzó á tocar á misa.

Mientras esto acontecía, el calor iba debilitándose por momentos.

El ambiente refrescaba.

Yo hubiera hecho lo mismo que el ambiente; pero allí no había con qué.

Por cierto que no pude averiguar los grados con exactitud, á causa de un descuido, hijo de la precipitación del viaje.

Al salir de Madrid, en vez de coger el termómetro, cogí la escofina Losada, y después me fué dificilísimo calcular con ella la temperatura.

Esta, como antes digo, iba haciéndose bastante fría.

Más de cuatro saltamontes á quienes pilló el eclipse desabrigados fallecieron de pulmonía doble, maldiciendo á Flammarión.

En un concurridísimo hormiguero que había junto á mí pude notar que las hormigas no iban ni venían procesionalmente como de costumbre, sino que formaban corrillos y murmuraban en voz baja, á la vez que se mostraban pálidas y ojerasas.

Al constituirse la Luna en tapadera del Sol, todas las alcachofas de la huerta se enternecieron, cosa que luego estimaría mucho quien llegasé á hincarles el diente.

Fueron muy distintos los efectos experimentados por las plantas en general.

En las de los huertos dominaba la tristeza.

En las de los pies, el cansancio.

Las gallinas de un cercano corral, creyendo que el día terminaba, se retiraron á sus dormitorios, después de darnos las buenas noches.

Al cubrir la Luna el disco del Sol, se espararon muchos gallos.

Aquello parecía un concertante de ópera barata.

Respecto á otros animales, también fueron notables los efectos que observé.

Varios grillos neurasténicos morían *abintestato*.

Tras de algunas viajeras vi no pocos palominos atontados.

Percebes sueltos había más de cuatro, ennegreciendo vidrios con el humo que llevaban en su propia cabeza.

Y por último, merluzas desorientadas tampoco faltaron á la caída de la tarde.

En fin, hasta un pedazo de queso de Gruyere y unas bocas de la isla que llevaba un amigo mío dieron señales de vida en el momento del eclipse.

El queso abrió sus ojos desmesuradamente pidiendo para ellos unos vidrios ahumados, y las bocas todas comenzaron á abrirse para vitorear á los astrónomos y á sus madres, por el acierto en la matemática predicción del fenómeno.

Muchos detalles observé abajo mientras todo el mundo ponía el ojo en el Sol; pero la falta de tiempo me impide comunicárselo á ustedes.

Sólo les diré, como nota final, que cuando yo guardaba el lápiz y las cuartillas para descansar, regresaban chasqueadas á sus establos las burras de leche que, engañadas por el eclipse, habían salido antes de tiempo

Y se levantó la sesión astronómica.

Eran las cuatro horas, treinta y dos minutos, doce segundos y siete décimas de la tarde.

El capricho de una dama.

A raíz de fallecer en Roma la distinguida si que también amarillenta consorte del Embajador de la China, telegrafió Tedeschi á *El Imparcial* curiosísimos detalles del entierro de la dama, realizado á usanza de su país.

Mi amiga doña Rigoberta Zarzalejo, señora mayor, extravagante como pocas, no echó en saco roto los aludidos pormenores, y en su vehemente afán de distinguirse del resto anónimo de los mortales europeos, encargó en su testamento que tuviesen la amabilidad de enterrarla en chino.

Decía Tedeschi, si yo no recuerdo mal, que tan pronto como aconteció la muerte de la embajadora, los criados lavaron el cadáver y lo colocaron sobre una mesa cubierta con un soberbio tapete oriental. En

tonces el desconsolado Embajador y sus dos hijos vistiéronse con el kimono de cáñamo blanco y un gorro del mismo color, en señal de luto, y permanecieron arrodillados junto á la pobre finada veinticuatro horas, minuto más ó menos, invocando á grito pelado á Budha para que se dignase acoger en su casto seno el alma de la infeliz.

Luego, el cadáver fué amortajado con cinco trajes lujosísimos; le pusieron en la boca dos perlas, una libra esterlina y unos granos de arroz bombá, y, por último, fué depositado dentro de un triple ataúd de nogal, de plomo y de caoba, y colocado cuidadosamente sobre una suntuosa cama imperial sin *somier*. Se le cubrió con unos tapices de inestimable valor y se le guarneció con muchos saquitos llenos de polvo de carbón y de cal. Además, en el testero de la cama se colocó una mesa cubierta con un tapete blanco, sobre el cual se puso el árbol genealógico de la difunta, que estaba, por cierto, muy reseco; la pipa que la misma usaba; dos *bibelotes* que representaban un perro y un elefante, y un pequeño trípode de bronce, sobre el cual una esclavina, ó pequeña esclava, quemaba cada dos horas

un pedazo de madera aromática, muy preciada, conocióla con el nombre de "Tokion".

En China es costumbre que nadie vea los difuntos después de muertos, con excepción de las personas de su apreciable familia y de aquellas otras que han de velarlos y darles tierra. Por consiguiente, á ninguno de los personajes, muy empingorotados, que acudieron á la Embajada se le consintió visitar el cadáver; aunque su visita no dejó de ser anunciada á la difunta dama, según costumbre, por uno de sus correctísimos criados.

Según las creencias budhistas, las almas de los muertos (destinadas á revivir después en otras personas) han de comer y estar sujetas á todas las leyes del cuerpo. Por lo tanto, todos los días, á eso de las seis de la tarde, el cocinero de la Embajada colocaba sobre la blanca mesa un tazón de arroz cocido, con los palillos tradicionales; dos platos de carne y una jícara de te. Acto seguido, el hijo menor de la difunta se ponía el kimono y el gorro de mandarín, se arrodillaba ante el féretro, doblaba respetuosamente la cabeza y preguntaba á su desventurada madre si quería comer.

Excusado es decir que aquellas viandas

permanecían intactas sobre la mesa, y entonces se presentaba un criado y se las llevaba al comedor, sirviéndolas luego en la mesa del afligido Embajador y de sus tiernos descendientes.

Pues bien, lectores de mi alma; doña Rigoberta Zarzalejo, entusiasmada con las prácticas chinas referidas por Tedeschi, deja consignadas en su postrera voluntad, manifestada solemnemente ante un notario de Fuente Ovejuna, pecoso de viruelas, que tiene para andar por el mundo de los líos, varias advertencias extraordinariamente curiosas, entre las cuales recuerdo las siguientes:

Que una vez ocurrida su defunción de modo definitivo é indubitable, la criada tenga la bondad de jabonar el cadáver, y después de secarlo al sol que más caliente, lo coloque sobre el fregadero, cubierto oportunamente con su mantón de Manila, si para entonces está desempeñado.

Que el viudo, traspasado por el dolor, se vista de buzo y la hija de cupletista, en señal de duelo, y permanezcan en cucullas á honesta distancia de la difunta durante quince días, invocando á gritos á Confucio para que haga el favor de recomendar con

interés el alma de cántaro de la interfecta á Budha y Brahma colectivamente.

Que amortajen el susodicho cadáver con docena y media de trajes, entre ellos uno de luces; que la pongan en la boca, sobre la lengua, fiambre, dos *pilules orientales*, á falta de perlas, ó dos cacahuets, si á la sazón careciese de *pilules* la atribulada familia, más unos granitos de cebada perlada y una perra gorda. Y que en esta guisa la depositen dentro de un estuche de peluche violáceo y de una jaula de caoba imitando á pino, colocándolo todo sobre un piano de cola recién afinado.

Que se la cubra el cuerpo con una colcha oriental de las que no venden en la plaza de Oriente, ó con una manta de punto tunecino hecha por su abuela en Socuéllamos, á raíz de la Revolución francesa, y se le guarnezca con saquitos de polvos insecticidas y de cañamones tostados de Valladolid.

Además, que se coloque á la cabecera del féretro una bandeja de aluminio con el árbol genealógico de la familia, convenientemente regados; la dentadura postiza de la misma, unas vinajeras de boj que la legó su tío el general, la jaula del último grillo

que crió, y, finalmente, dos novelas de Felipe Trigo y una cotorra disecada.

Para imitar la costumbre china y para evitar la desagradable impresión que su fealdad hubiera de producir á los amigos, prohíbe á éstos que contemplen el cadáver, si bien, como la embajadora que le sirve de modelo, recomienda que cuando alguna vecina curiosa se empeñe en verla, lo ponga la criada en conocimiento del cadáver inmediatamente.

Del mismo modo que la embajadora muerta y abundando en las creencias *embudistas*, como doña Rigoberta las llama, respecto á las comidas de ultratumba, todas las tardes habrá de colocarle la criada sobre el vientre inanimado y rígido, una cazuela de arroz con cangrejos de río, un bisté con patatas, dos borrachos y un mondadientes.

Presumiendo con cierto fundamento que el cadáver no tendrá muchas ganas de comer, y después de efectuar la pameña de preguntarle si quiere algo de aquello, ante la negativa tácita de la difunta se lo zampará su familia, tenga ó no tenga el oportuno apetito.

Pero lo más chusco del caso es que, como

debido á que los supersticiosos chinos buscan la protección de todas las divinidades, la embajadora, madame Konaury-Kai, fallecida en país católico, encargó que velasen su cadáver seis monjas, rezando al Sumo Hacedor... por si acaso, la buena de doña Rigoberta Zarzalejo, imitadora fiel de aquella dama chinesca, encarga que, aunque es católica y queden así desairadas las once mil vírgenes, que son sus predilectas, velen su pálido cadáver seis malabaristas del celeste Imperio, murmurando plegarias á Budha con música de Calleja, ó de otro compositor *orientalista*.

Ahora falta solamente la llegada de ese momento en que la testadora tenga la amabilidad de pasar á mejor vida, después de no haberla pasado muy mal en este valle de lágrimas y de bromazos.

Pero, ¡ay!, según datos fidedignos que obran en la imaginación del esposo de doña Rigoberta, más bien que la risueña esperanza de un fallecimiento próximo existe la dolorosa seguridad de un ocaso de vida que promete no llegar jamás á su fin.

Ah, un detalle olvidado. También encarga nuestra amiga en una de las *cápsulas* (así

las denomina) de su testamento, que no amenicen la *cuerpo presencia* de su cadáver con hachones encendidos. ¡Indudablemente hasta en sus postreros instantes quiere ser una mujer sin cera!...

La forma humana.

I

San Sebastián y Diciembre de 1910.

Sr. D. Juan Pérez Zúñiga.

“¿Tendrán los hombres la misma forma siempre?” Hago á usted esta pregunta para saber si está conforme con mi *teoría* ó no lo está.

Darwin cree que los monos se convirtieron en hombres por cambios sucesivos de forma, y yo sostengo lo contrario: que desde hace tiempo el hombre se va convirtiendo en animal y en planta. Vamos á ver por qué.

Los fisiólogos admiten, y nadie lo pone en duda, que el organismo humano constantemente pierde substancia y esa substancia

es reemplazada por lo que se asimila; ¿y no se asimila parte de lo que come? Pues bien, desde que nacemos estamos perdiendo la substancia que teníamos, y para reemplazarla comemos toro, ternera, caballo (¿?), lechuga, etc., etc.; por lo tanto, llegará un momento en que no tengamos en el cuerpo nada de lo que trajimos al mundo, y en vez de carne humana, tendremos carne de buey, de rábano, etc., etc. Sólo conservaremos la forma, ¿no es cierto, caro D. Juan? Y aun de ésta ya se ha perdido algo. Y si no, examinemos algunos pueblos. ¿No es característico en los andaluces el pelo negro y rizado? ¡Es claro! Y la razón es sencilla: la carne que más comen es la de toro, y los toros andaluces tienen el pelo de ese color y ensortijado en el testuz. ¿Quién no ha notado que el bigotazo que gastan los franceses es crin y no pelo, allí donde se consume mucho la carne de caballo? Alemania é Inglaterra, que hacen gasto enorme de ternera, la cual tiene el pelo rubio, han dado lugar á que sus habitantes sean rubios. Ya se habrá usted fijado en que los yanquis no tienen bigote, y si se lo dejan es corto y duro. Ellos lo atribuyen á la navaja de afeitar; pero es debido á que con-

sumen mucho cerdo; ¿y cómo es el pelo del cerdo?...

¡Ah! ¿Y los del régimen vegetariano?

Conozco un acérrimo defensor de él, que si usted le viera, diría: "¡Ese hombre tiene por cabeza un cebollino." ¡Sólo tiene cuatro pelos: dos en el bigote y dos en la cabeza! Además, respecto á este punto, hay profetas. ¿No ha oído usted llamar á alguien *lechuguino* más de una vez? Pues el así llamado es un vegetariano; sus descendientes llegarán á ser lechugas, ó cosa por el estilo.

Créalo usted: el hombre, andando el tiempo, habrá perdido hasta la forma.

¿Está usted conmigo, D. Juan?

Suyo atento y seguro servidor.

El Doctor Cogollo."

II

Madrid y Enero de 1911.

Muy señor mío y apreciable Cogollo:

Abundo en las mismas ideas que usted y siento no disponer de gran espacio para tratar el asunto detenidamente. Sólo voy á decir algo de lo que se me ocurre.

No sólo el hombre es un animal, dicho sea con perdón; yo sé que hay sujeto que es varios animales á la vez. Vea usted un ejemplo:

Mi amigo D. León Cordero y Lobo, que es hijo de Toro, aunque sus padres fueron canarios, se las echa de flamenco y al parecer es un avestruz. Siendo pollo era muy mono, aunque también era bastante pavo y haciendo el oso á las mujeres quedaba como un cochino; pero hoy que ya es tordo, ó más bien pelicano y es el caballo blanco de un gran negocio, pasando ante algunos por un rata de levita, le vemos cómo se avispa y cómo resulta una hormigueta para su casa. A mí me ha parecido un chinche de primera; pero bien se ve que no es rana, sino un pájaro de cuenta muy sorro y muy cuco.

Dígame usted ahora, mi señor doctor, si no se queda corto, pero muy corto, el que riñendo con este individuo le diga solamente que es un animal.

Y respecto á los vegetarianos, podría extenderme en múltiples consideraciones.

Hoy se dan genios; pero también se dan calabazas. Conozco á un tal Esparraguera que es un melón, con sus pipas y todo. (Tiene dos de cerezo y una de espuma de mar.)

¿Pues y D. Ricardo? A ver si no es todo un vegetal en su parte posterior.

Clara... X, nacida en el real sitio célebre por sus fresas, si no es un perico de Aranjuez, lo parece.

Para terminar: tanto es lo que abundo en la opinión de usted, que espero que el día en que los hombres hayan perdido sus formas y por esa asimilación y esa metamorfosis de que usted habla lleguen á ser animales y vegetales, nuestros descendientes podrán ver en los periódicos noticias como ésta:

"El conocido escarabajo Don Fulano de Tal, celebró el martes su enlace con la simpática remolacha, doña Menganita de Cuál. Fueron padrinos la madre de la novia, que iba ricamente aderezada con aceite y vinagre, y el bizarro conejo de Indias Don Perengano, tío del novio, figurando entre los convidados distinguidos galápagos y elegantísimas alcachofas. Según nuestros informes, los recién casados, cuyos bisabuelos fueron seres humanos, pasarán la luna de miel en el Museo de Historia Natural."

Sólo me resta decir, señor doctor, que mi amigo Pepe Zaragata, que era un modelo de finura y corrección, ha perdido las formas

completamente por reunirse con lo más grosero de la chulería; y finalmente, que doña Emerenciana Molletines, mujer que hace veinte años era una gallarda y voluptuosa escultura, hoy es un puñado de despreciables pingajillos.

Y es que las formas se pierden; tiene usted muchísima razón. Y como esto es así, y como está demostrada la evolución del hombre en sentido irracional, resulta que con la opinión de usted está conforme en absoluto su afectísimo atento y seguro servidor q. l. e. la m.,

Juan Pérez Zúñiga.

Los besos.

No hace mucho tiempo los Tribunales de Milán sentaron jurisprudencia muy severa respecto de los majaderos que besan á una mujer contra la voluntad de ella.

Refiere la Prensa italiana que Giuseppina Tagliabue, lindísima joven de diez y seis años, estaba una noche sentada con la *sua mamma* en un banco de cierto paseo, abstraída en la contemplación de una función de fuegos artificiales, cuando de pronto sintió que otros labios se unían á los suyos.

Un elegante desconocido, que opinaba seguramente de distinta manera que yo respecto de los besos, estampó un par de ellos en la boca de Giuseppina, la cual, según cuentan, se desmayó al recibirlos, sin que sepamos qué fué lo que se propuso al desmayarse.

La madre puso el cielo en el grito (por-

que tenía el defecto de hacerlo todo al revés), y comenzó á decir cosas un tanto molestas para la familia del atrevido galán, el cual trató de huir, aunque infructuosamente, pues un caballero que por allí discurría (es de suponer que discurría) le alcanzó y le detuvo, logrando saber que una apuesta con cierto amigo había originado aquella tan brusca acción, llevada á cabo al aire libre y entre cohetes y bengalas.

La señorita Tagliabue presentó querrela ante los Tribunales de Milán, y éstos han reventado al violento besador, pues no han obligado á su víctima á la devolución del beso furtivo, fallo que hubiera sido muy del agrado del agresor, sino que han impuesto á éste el castigo de cinco meses de reclusión.

Yo le hubiera condenado, no á muerte precisamente, porque es una pena que está llamada á desaparecer por lo desagradable que suele resultarle al reo; pero á cadena perpetua, sí. ¡Por imbécil!

Lo dulce, lo grato, lo que produce escalofríos en el cuerpo y cosquillas en el espíritu, es el beso correspondido, ó por lo menos aceptado de buena voluntad por la mujer besada. En cambio, un beso que, á más de ser

brevisimo como un rayo de los más veloces, causa el enojo de la mujer que lo recibe, es un acto que sólo revela sensible imbecilidad en el que lo ejecuta.

¿Qué placer obtendrá el autor de semejante tropelía? Nunca lo he comprendido.

Claro es, lectores míos, que puesto un individuo en el trance de cometer tal desafuero, ya por apuesta de amigo, ya por impulso de sátiro, más vale besar los labios de una joven hermosa que los de un sargento de caballería, por buena hoja de servicios que tenga; pero, de todos modos, el beso es un hecho completamente estúpido siempre que no lo origine la corriente de pasión, de afecto tibio ó de impetuoso sensualismo que súbitamente se establece en ocasiones entre el sujeto activo y la sujeta pasiva de la acción de besar.

Un beso violento, recibido con el mismo placer que un pescozón ó que una noticia desagradable, no es beso: es más bien algo así como el suave mordisco de un perro mal educado.

El hombre que se proponga besar sin fundamento y sin esperanza de producir en los labios receptores la sensación de placer que

debe resultar del beso, déjese de alarmar á nadie, y evitándose cinco meses de prisión, haga su inconcebible experimento con una estatua broncea ó marmórea lo más hermosa posible, que al menos de ese modo se libraré de una espléndida bofetada, máxime si la escultura elegida es la Venus de Milo, dama carente de extremidades superiores, según las opiniones más autorizadas.

Y conste que lo mismo que digo respecto de los besos, lo sostengo en cuanto á otras expansiones del quinto sentido corporal bruscas, momentáneas, manifestadas al paso...

¿Qué se logra con ellas sino empeorar la situación del ánimo propio y causar una mala impresión en el ajeno?

Cuando veo una mujer atrayente y sugestiva que pasa muy cerquita de mí mostrando sus mal disimulados encantos personales, lejos de hacer lo que algunos de mis impulsivos compatriotas... trago saliva, me meto las manos en los bolsillos con aparente tranquilidad y espero circunstancias más propicias...

Contando seguramente con la correspondencia ó, por lo menos, con una acogida benévola de la parte contraria, está justificado

todo movimiento impulsivo y no hay que temer querrela alguna ante los Tribunales, á no ser que la favorecida tenga marido y éste se entere y no sea un sinvergüenza.

Todas las precedentes consideraciones acerca del beso y sus afines me las ha sugerido la noticia de Milán á que aludo al principio de estas cortas, pero muy honradas líneas.

Sí, mis amados lectores; ante todo hay que ser prácticos y tener en cuenta estas rimadas palabras del apóstol San Sinesio:

«Un beso por sorpresa
es una tontería del que besa.»

A cuyas palabras añado yo estas otras, con las cuales termino:

Ora fuere su objeto bueno ó malo,
aquel sátiro ful á quien le plugo
dar un beso á traición, merece un palo,
pues se cree un besador y es un besugo.
